

Versión Imagen

CARLOS GONZALEZ VEGA

Regalo de Matrimonio

Todo para mí había quedado claro, cuando bajo el ruido de un descomunal aguacero, y estando todos, las mujeres en pantale-
tas multicolores y los hombres con el pudor del blanco de los calzonzillos, dijo el profesor Villarroel, mientras las velitas de la torta se consumían en aquella tarde de un martes de carnaval en el pueblo El Delirio: "Hoy celebramos un año más de la maravillosa vida de esta insigne mujer que nunca ha tenido un no para nadie". Una breve pausa para un buchito de ron y una sonrisa. "Por este burdel y entre las piernas de esta ilustre mujer han pasado las fuerzas vivas del pueblo y han salido, en amaneceres de distintos colores, llenas de nueva vitalidad a luchar por el futuro de la democracia. Blanca Quintana es El Delirio".

Blanca lloró y se lanzó en los brazos desnudos de Villarroel. Todos lloramos. Las putas abrazaron el recuerdo y se posternaron para besar las manos de Blanca. A algunas la emoción les humedeció las partes. Yo besé a Blanca y al oído me dijo: "Soy hija y nieta de putas". Luego miró a su alrededor y profundamente conmovida lanzó un suspiro y afirmó segura y casi altanera: "Para ninguno de los presentes habrá nunca carestía mientras aquí, en el burdel El Inmaculado, esté Blanca Quintana".

Y yo me fuí, Blanca como los de antes, para la capital, de donde, también alguna vez, había llegado. Siempre te guardé como una hoja de otopo en un cuaderno de versos. Y siempre te conté con otros y te inventé y tus historias creaban alegría y risas. Decían que lo de la fiesta de cumpleaños lo había inventado. ¡Qué más hubiese querido mi imaginación!.

Y ahora, en esta mañana de Abril, regreso a El Delirio, Blanca. Me hospedo en el Hotel París, ¿recuerdas?. Aquel que en otro tiempo regentaba un francés a quien nunca se le conoció mujer y que muchos decían que sí era, pero que aquel muchacho de rostro

largo y facciones de niña, defendía diciendo simplemente que no era. Y seguramente era como decía el muchacho porque era el único que dormía en el cuarto del francés.

Y allí llegué, Blanca Quintana. Pregunté, como si la memoria fuera realidad inmediata, si aún vivía allí el Padre Maurice, aquel viejecillo belga que enloqueció cuando vió por primera vez el nombre de un burdel y no pudo entender que la inmaculada tenía un masculino. Y desde ese día comenzó a caminar desde las cinco de la tarde alrededor de la plaza del más grande prócer mientras mascullaba palabras obscenas en francés, alemán y napolitano. Y que luego, ya cerca de las siete, se arrodillaba ante la estatua y le decía que ni él, el Libertador, era inmaculado. En verdad Maurice no entendió nunca el Caribe, el solerón, las montañotas y el gigantesco mar.

El muchacho que atendía la recepción del hotel me dijo, en medio de una sonrisa picaresca: "el padre Maurice murió hace tres años, un día Jueves, bajo la lluvia, al pie de la estatua de el Libertador, después de haberse quitado la sotana y gritar: "ha debido libertarlos Robespierre, bola de coños de madre".

El muchacho hizo una pausa y me miró. "De todas maneras no se preocupe porque mi abuelo dice que en las tardes de lluvia aparece el espíritu desnudo del padre Maurice mentando madre a diestra y siniestra".

Y allí me quedé, Blanca, con un sólo pensamiento: buscarte y verte. Decirte que había regresado para casarme con una mujer muy inteligente después de tres años de tormentosos amores y coitos literarios.

Y allá en la casa de ella se hacían preparativos para la fiesta. Licores, pasapalos de pueblo hechos en casa, movimiento de servidumbre, reciedad en los gestos del padre de la novia, aquel viejo gallero que afirmaba, con toda seriedad, que había logrado un injerto de gallo con tortuga para que las crías tuvieran las plumas más fuertes y no pudieran romperselas, los pasos suaves de la madre resignada a ver a su hija casada con el no deseado y los hermanos y hermanas de tan distintas ideas. En la habitación de los padres, sobre el lecho, reposaba el vestido de la novia cuidando los pasos que escondían los zapatos por estrenar. Y ella, la novia, leía como siempre lo hizo, leía a la espera de no se qué cosa de esa cosa que jamás tampoco sabría.

Esperar para verte no fue sencillo, Blanca. Debía pasar lo que quedaba de mañana y la tarde. Traté de ocupar el tiempo lo mejor

posible. Visité a mi cura predilecto, al que me casaría. Fuí a confesarme porque me lo pidió y no podía negárselo. Nos encontramos y nos abrazamos entre el humo de cigarrillos, olor de chorizos traídos de España y botellas de vinos importados. El padre Millán, mi amigo de muerte prematura, me dijo sin esperar ninguna de mis preguntas “te ruego que no me mires a la cara cuando te esté casando”. Así será, padre, respondí obediente y abrimos la primera botella de vino. Y otra cosa, me dijo con gesto travieso, “no quiero que vayas esta noche a El Inmaculado”. Eso no será fácil, mi querido padre. Después nos dedicamos al recuerdo. Y fueron pasando las horas, Blanca Quintana. Mientras me bañaba con el agua fresca de la regadera te recordé cuando la primera vez: tenías pantaletas y sosten negros y una bellísima borrachera.

Y en todo este tiempo El Delirio no había cambiado. Las casas eran el remedo de cuando las hicieron, con sus sillas recostadas en las tardes de sol implacable, los colores renuentes a desaparecer para siempre, las mujeres con vestidos largos semejantes a la viudez y a la virginidad, los niños sucios y sin sueños, el sol permanente y doloroso y el viento detenido a la entrada del pueblo cumpliendo con la prohibición que le impusiera el Creador después de aquel 24 de Noviembre, cuando entró aquel ventarrón y desvirgó ventanas, puertas, ollas y gente. Y ahora el viento estaba allí sentado esperando la muerte del Creador para volver a entrar y llevarse lo poco que quedaba.

Un gallo cantó pero eran las ocho de la noche. Me recordé del padre Maurice una vez más. Siempre afirmó que en El Delirio todo era al revés. Los curas son borrachos y manejan la lotería y los profesores son ignorantes.

Llamé a casa de la novia. Todo estaba bien. Ella me reiteró su amor eterno y me dijo: “mucho cuidado”. ¿Cuidado a qué o a quién?. A ella debí tenerle cuidado y no lo hice.

Una última mirada en el espejo para comprobar la línea del pantalón recién comprado y otra mirada a los fantasmas que estaban allí sobre la cama y sobre la destartada silla.

El camino hacia El Inmaculado fue todo una sonrisa. La llegada, una carcajada. El tiempo se había detenido. Los bombillos rodeados de pequeñas mariposas moribundas me saludaron como la primera vez. Entré en la obscuridad del salón como si fuese mi casa de toda la vida. Me acerqué a la barra y pedí un trago doble y sabroso, y escuche con deleite “Y yo sigo siendo el Rey”. Los rostros de las mujeres me eran desconocidos, pero el aire era el mis-

mo. Las de ahora bailaban de la misma manera, bebían y enamoraban con el mismo gusto de las que conocí. Alguna se acercó a mirarme más de cerca pero seguí hasta el patio y vi, colgando en las paredes, los mismos grabados de los años veinte, las mismas rosas plásticas y aquel sonido como de llanto oculto que transitaba entre las matas de mango y los aguacates. ¡Qué aire a ti, Blanca Quintana!, ¡qué olor tan parecido al de tus pantaletas!. ¡Qué redondez como la de tus grandes nalgas!. Creo que no vine a casarme sino a verte, a reconocerme niño entre tus grandes tetas.

Y de pronto me encontré en medio de un gran silencio. No escuchaba la música que venía del salón. Volví a ver la piñata y sentí los cuerpos desnudos de tus muchachas. ¡Qué grande eres, Blanca Quintana!. Debieron haberte permitido crear al mundo. Estoy seguro que la vida hubiese sido más amable.

Profesor, ¿qué hace usted aquí?.

Aquella voz falutada me sobresaltó. Me volví y encontré frente a mí a Gerbasio, a quien todos llamaban "Niña Bonita". Pero más bien era su caricatura. Envejecido, con unas grandes bolsas negras bajo los ojos, tres dientes de arriba menos y los signos horribles de una gastada homosexualidad. ¿Qué podía hacer?. Lo abracé lo más fuerte que pude y lo besé en las mejillas, no sin cierta repugnancia. Su voz se conservaba como la de una "Niña Bonita". Su desdentada sonrisa se transformó en besos. Dos lágrimas de melodrama rodaron por las mejillas. "Anoche se cayó un tenedor y la señora Blanca dijo que estaba por llegar un hombre conocido, alguien, como si fuera un amante".

Gerbasio se limpió las dos lágrimas y dijo con tristeza que ya nada era como antes. "Esto ahora es puro interés. Se perdió el amor. ¿Usted se recuerda que todas nos enamorábamos?. Ahora todo es dinero, profesor".

Un gato gris y blanco pasó entre las piernas de Gerbasio persiguiendo una pequeña rata asustada: "Hasta ratas tenemos", dijo desolado.

Se alejó sin decirme nada de Blanca. Momentos después regresó trayéndome un vaso repleto de Whisky. "Del mismo que siempre bebí", me dijo, y se perdió entre los árboles de mango dejándome, de nuevo en medio del silencio.

Me senté en una parte del muro que rodeaba al patio y miré las estrellas que, esa noche, brillaban como en los días de la creación. Un par de manos regordetas se posaron sobre mis ojos y una voz grave preguntó... ¿A que no me conoces?.

Eras tu, Blanca. Tus manos tenían la misma tersura de siempre y el mismo olor a Jean Marie Farina. Todas mis vértebras se movieron como un cascabel cuando sentí aquel beso cálido sobre la nuca. Me volteé y nos besamos profundo, mezclando nuestras lenguas y nuestras salivas como si fuéramos los primeros enamorados y en el primer día.

Cuando te lo permití dijiste que sabías que yo vendría. Te lo habían dicho las cartas y el tabaco de Josefina, tu anciana madre a quien tenías guardada en un cuarto para que nadie la viera.

“Sabía que vendrías, Boris, lo sabía. Tenías que venir para abandonarme para siempre. Pero la vida es así...”.

Traté de cubrirte la boca con una de mis manos pero no me dejaste. “Anoche vinieron unos marineros, unos hombres de la isla, amigos de siempre y me hablaron de ti. Te habían visto con un camisón blanco deambulando sobre las aguas del mar. Estabas sola. Estabas como por hacer algo que no debías. Ellos trataron de ayudarte, y entonces, les dijiste que querías verme”.

Blanca y yo nos besamos de nuevo. Gerbasio trajo una viejísima botella de champán. La debimos haber bebido hace muchos años, Boris, cuando te fuiste sin despedirte. Y nunca pude decirte que estaba enamorada de ti, que eras el propio macho, el tipo que podía hacerme feliz. No podía imaginarlo Blanca, siempre estabas con otros. Para disimular. Las putas siempre creemos que no tenemos derecho al amor.

La novia me contó luego, en medio de la luna de miel, que la noche antes de la boda había dormido inquieta y había soñado que me perdía en medio de una lluvia fresca llena de pájaros amarillos y acompañada de una música extraña.

“Ya se que te casas. Se que viniste a eso. Me lo dijo el padre Millán, mi confesor. El sabe que lloré como si no hubiese pasado un día desde que te conocí”. Y tus ojos brillaron, Blanca Quintana, como los ojos de perra recién parida. Me tomaste de la mano, le hiciste una seña a Gerbasio, una seña que estoy seguro habían ensayado en secreto, entre ustedes dos nada más y me llevaste junto al ruido de un vientecillo escapado del presidio. Y ya frente a la puerta la entreabriste y me mostraste a Josefina, un ícono de huesos frágiles y poco pellejo que dormía sobre una mecedora que chirriaba a manera de arrullo. “Siempre duerme”, dijiste suavemente. “Hay momentos cuando te recuerda y habla. Dice que ése era y lo dejé ir”... Cerraste de nuevo y me llevaste a tu cuarto

¡Qué viejo todo, Blanca!. Nada había cambiado pero algunos objetos habían desaparecido. Ahora, en vez de aguamanil con ponchera de peltre floreada y jarra de esa amplia había un bidet al lado de una regadera y una poceta blanquísima. Pensé que se habían terminado las duchas con la manguera en el patio común. Y te sentaste al borde de la misma cama que siempre olió a albahaca y a jazmín y te fuiste desnudando como si supieras que había venido a eso. Sonreías mientras la música del burdel se colaba por las rendijas. Era el deshabillé de la lujuria moribunda. Tus inmensas carnes fueron saliendo. Tu pantaleta mínima negra y el sostén con ballenas capaz de sostener las tetas estaban allí. Y te sentí como años antes. Cambiaste la luz por la llama de una vela en un rincón. Y me fuiste desnudando con la seguridad que da el saber que no volverá a pasar. Te pusiste de espalda a mí, acercaste tus nalgas a mi rostro y sin mirarme me dijiste, “será tu regalo de matrimonio”. Siempre lo quisiste y fui tan tonta que te lo negué. Es el regalo de una virgen”. Concluiste.

Te besé a la altura del ombligo luego de darte vuelta y dije que te amaba. “Yo se que no es verdad”, respondiste, “pero ¿qué más puedo hacer?. No tengo para comprarte un reglao y además tampoco puedes invitarme a tu matrimonio . Soy la puta más célebre de El Delirio”.

Y el delirio fue hacerlo, Blanca. Entrar en ese insoldable mundo de tu cuerpo y sin mirarnos a la cara. Luego esa paz como la de haber dejado colocada el alma en un rincón lleno de flores.

El amanecer fue como todos los amaneceres contigo, Blanca Quintana. Silencioso. Podía escucharse el más leve gorjeo. Me levanté suavemente, me limpié los dientes con ese cepillo que, delicadamente habías dejado sobre el lavamanos y luego te miré dormir. Tu sueño seguía siendo leve como el de los niños. Sentí una maravillosa ternura. Había sido hermoso como el pensamiento de hacer el amor con la maestra de nuestra primera adolescencia. Eras el amor y la dignidad de la carne. Tu cuerpo reposaba como si tuvieras la intención de no volverlo a hacer. Me vestí y salí sin que ningún ruido pudiera interrumpir tu descanso. En verdad era la última vez, Blanca Quintana.

Ya afuera miré la fachada de El Inmaculado. Allí quedaba buena parte de mi vida. Quedaban mis historias sentidas, las sonrisas de tus muchachas y sus llantos de enamoradas y abandonadas. Sentí que algo grave me estaba sucediendo. Di la espalda a la casa y comencé a caminar. Detrás de mi la voz de Gerbasio me des-

pidió. “Ahora si se va para siempre, profesor. Que Dios lo lleve”. Me volté y ví su figura en dormilona y su rostro lleno de lágrimas. Quise devolverme pero él se escondió después de decirme... “Ahora si se acabó El Inmaculado”.

Pasó el día en medio de los toques finales. La novia linda y deliciosa y la familia con el alto orgullo de que la cuadra la viera salir blanca y radiante. Y llegó la noche y no miré a los ojos al padre Millán, quien luego me dio las gracias. Y se rompió la campana y cayó el arroz sobre nuestras cabezas. ¡Que sean felices!. ¡Que sean felices!. Alguna noble anciana dijo a la novia: “matrimonio y mortaja del cielo bajan”. El padre Millán me dijo que no creía nada, especialmente después del séptimo trago. Lo abracé y le dije que yo tampoco, pero que así era.

Y la música y el baile y el pasar de las horas. Que se besen!, que se besen!. Y allá en la sala estaban las rejas de las ventanas y la gente que no había sido invitada miraba con envidia el festín pueblerino. Los gallos del padre de la novia cantaban en medio del alboroto de la noche calurosa. El padre Millán, ya bastante borracho, me dijo: “huelas a pecado”. Sonreí. Me paré y fui a ver a los bailarines. Me sentía alegre y todos me saludaban y me deseaban felicidad eterna. ¿Y tu qué estarás haciendo en esta hora, Blanca Quintana?... ¿Debajo de qué cuerpo estará el tuyo?...

Moviéndome entre las parejas logré acercarme a una de las ventanas y allí estabas, detrás de los barrotes, Blanca Quintana. Tu, dulce pájaro de los bosques. Tu, canción nocturna. Tu, el único viento fresco en El Delirio. Allí estabas y me sonreiste. La novia se mezcló entre las parejas. Me tomó del brazo y me llevó lejos. Y allí quedó tu rostro sonreído, Blanca Quintana.

Versión Texto

CARLOS GONZÁLEZ VEGAS
Regalo de Matrimonio

Todo para mí había quedado claro, cuando bajo el ruido de un descomunal aguacero, y estando todos, las mujeres en pantaletas multicolores y los hombres con el pudor del blanco de los calzoncillos, dijo el profesor Villarroel, mientras las velitas de la torta se consumían en aquella tarde de un martes de carnaval en el pueblo El Delirio: "Hoy celebramos un año más de la maravillosa vida de esta insigne mujer que nunca ha tenido un no para nadie" -Una breve pausa para un buchito de ron y una sonrisa. "Por este burdel y entre las piernas de esta -ilustre mujer han pasado las fuerzas vivas del pueblo y han salido, en amaneceres de distintos colores, llenas de nueva vitalidad a luchar por el futuro de la democracia. Blanca Quintana es El Delirio".

Blanca lloró y se lanzó en los brazos desnudos de Villarroel. Todos lloramos. Las putas abrazaron el recuerdo y se posternaron para besar las manos de Blanca. A algunas la emoción les humedeció las partes. Yo besé a Blanca y al oído me dijo: "Soy hija y nieta de putas". Luego miró a su alrededor y profundamente conmovida lanzó un suspiro y afirmó segura y casi altanera: "Para ninguno de los presentes habrá nunca carestía- mientras aquí, en el burdel El Inmaculado, esté Blanca Quintana".

Y yo me fuí, Blanca como los de antes, para la capital de donde, también alguna vez, había llegado. Siempre te guardé como una hoja de otopo en un cuaderno de versos. Y siempre te conté con otros y te inventé y tus historias creaban alegría y risas. Decían que lo de la fiesta de cumpleaños lo había inventado. ¡Qué más hubiese querido mi imaginación!

Y ahora, en esta mañana de Abril, regreso a El Delirio, Blanca. Me hospedo en el Hotel París, ¿recuerdas? Aquel que en otro tiempo regentaba un francés a quien nunca se le conoció mujer y que muchos decían que sí era, pero que aquel muchacho de rostro largo y facciones de niña, defendía diciendo simplemente que no era. Y seguramente era como decía el muchacho porque era el único que dormía en el cuarto del francés.

Y allí llegué, Blanca Quintana. Pregunté, como si la memoria fuera realidad inmediata, si aún vivía allí el Padre Maurice, aquel viejecillo belga que enloqueció cuando vió por primera vez el nombre de un burdel y no pudo entender que la inmaculada tenía un masculino. Y desde ese día comenzó a caminar desde las cinco de la tarde alrededor de la plaza del más grande prócer mientras mascullaba palabras obscenas en francés, alemán y napolitano. Y que luego, ya cerca de las siete, se arrodillaba ante la estatua y le decía que ni él, el Libertador, era inmaculado. En verdad Maurice no entendió nunca el Caribe, el solerón, las montañotas y el gigantesco mar.

El muchacho que atendía la recepción del hotel me dijo, en medio de una sonrisa picaresca: "el padre Maurice murió hace tres años, un día Jueves, bajo la lluvia, al pie de la estatua de el Libertador, después de haberse quitado la sotana y gritar: "ha debido libertarlos Robespierre, bola de coños de madre".

El muchacho hizo una pausa y me miró. "De todas maneras no se preocupe porque mi abuelo dice que en las tardes de lluvia aparece el espíritu desnudo del padre Maurice mentando madre a diestra y siniestra".

Y allí me quedé, Blanca, con un sólo pensamiento: buscarte y verte. Decirte que había regresado para casarme con una mujer muy inteligente después de tres años de tormentosos amores y coitos literarios.

Y allá en la casa de ella se hacían preparativos para la fiesta. Licores, pasapalos de pueblo hechos en casa, movimiento de servidumbre, reciedad en los gestos del padre de la novia, aquel viejo gallero que afirmaba, con toda seriedad, que había logrado un injerto de gallo con tortuga para que las crías tuvieran las plumas más fuertes y no pudieran rompérselas, los pasos suaves de la madre resignada a ver a su hija casada con el no deseado y los hermanos y hermanas de tan distintas ideas. En la habitación de los padres, sobre el lecho, reposaba el vestido de la novia cuidando los pasos que escondían los zapatos por estrenar. Y ella, la novia, leía como siempre lo hizo, leía a la espera de no se qué cosa de esa cosa que jamás tampoco sabría.

Esperar para verte no fue sencillo, Blanca. Debía pasar lo que quedaba de mañana y la tarde. Traté de ocupar el tiempo lo mejor posible. Visité a mi cura predilecto, al que me casaría. Fuí a confesarme porque me lo pidió y no podía negárselo. Nos encontramos y nos abrazamos entre el humo de cigarrillos, olor de chorizos traídos de España y botellas de vinos importados. El padre Millán, mi amigo de muerte prematura, me dijo sin esperar ninguna de mis preguntas "te ruego que no me mires a la cara cuando te esté casando". Así será, padre, respondí obediente y abrimos la primera botella de vino. Y otra cosa, me dijo con gesto travieso, "no quiero que vayas esta noche a El Inmaculado". Eso no será fácil, mi querido padre. Después nos dedicamos al recuerdo. Y fueron pasando las horas, Blanca Quintana. Mientras me bañaba con el agua fresca de la regadera te recordé cuando la primera vez: tenías pantaletas y sostén negros y una bellísima borrachera.

Y en todo este tiempo El Delirio no había cambiado. Las casas eran el remedo de cuando las hicieron, con sus sillas recostadas en las tardes de sol implacable, los colores renuentes a desaparecer para siempre, las mujeres con vestidos largos semejantes a la viudez y a la virginidad, los niños sucios y sin sueños, el sol permanente y doloroso y el viento detenido a la entrada del pueblo cumpliendo con la prohibición que le impusiera el Creador después de aquel 24 de Noviembre, cuando entró aquel ventarrón y desvirgó ventanas, puertas, ollas y gente. Y ahora el viento estaba allí sentado esperando la muerte del Creador para volver a entrar y llevarse lo poco que quedaba.

Un gallo cantó pero eran las ocho de la noche. Me recordé del padre Maurice una vez más. Siempre afirmó que en El Delirio todo era al revés. Los curas son borrachos y manejan la lotería y los profesores son ignorantes.

Llamé a casa de la novia. Todo estaba bien. Ella me reiteró su amor eterno y me dijo: "mucho, cuidado". ¿Cuidado a qué o a quién?. A ella debí tenerle cuidado y no lo hice.

Una última mirada en el espejo para comprobar la línea del pantalón recién comprado y otra mirada a los fantasmas que estaban allí sobre la cama y sobre la destartada silla.

El camino hacia El Inmaculado fue todo una sonrisa. La llegada, una carcajada. El tiempo se había detenido. Los bombillos rodeados de pequeñas mariposas moribundas me saludaron como la primera vez. Entré en la obscuridad del salón como si fuese mi casa de toda la vida. Me acerqué a la barra y pedí un trago doble y sabroso, y escuche con deleite "Y yo sigo siendo el Rey". Los rostros de las mujeres me eran desconocidos, pero el aire era el mismo. Las de ahora bailaban de la misma manera, bebían y enamoraban con el mismo gusto de las que conocí. Alguna se acercó a mirarme más de cerca pero seguí hasta el patio y vi, colgando en las paredes, los mismos grabados de los años veinte, las mismas rosas plásticas y aquel sonido como de llanto oculto que transitaba entre las matas de mango y los aguacates. ¡Qué aire a ti, Blanca Quintana!, ¡qué olor tan parecido al de tus pantaletas! ¡Qué redondez como la de tus grandes nalgas! ..Creo que no vine a casarme sino a verte, a reconocerte niño entre tus grandes tetas.

Y de pronto me encontré en medio de un gran silencio. No escuchaba la música que venía del salón. Volví a ver la piñata y sentí los cuerpos desnudos de tus muchachas. ¡Qué grande eres, Blanca Quintana! Debieron haberte permitido crear al mundo. Estoy seguro que la vida hubiese sido más amable.

Profesor, ¿qué hace usted aquí?

Aquella voz falutada me sobresaltó. Me volví y encontré frente a mí a Gerbasio, a quien todos llamaban "Niña Bonita". Pero más bien era su caricatura. Envejecido, con unas grandes bolsas negras bajo los ojos, tres dientes de arriba menos y los signos horribles de una gastada homosexualidad. ¿Qué podía hacer?. Lo abracé lo más fuerte que pude y lo besé en las mejillas, no sin cierta repugnancia. Su voz se conservaba como la de una "Niña Bonita". Su desdentada sonrisa se transformó en besos. Dos lágrimas de melodrama rodaron por las mejillas. "Ano-

che se cayó un tenedor y la señora Blanca dijo que estaba por llegar un hombre conocido, alguien, como si fuera un amante".

Gerbasio se limpió las dos lágrimas y dijo con tristeza que ya nada era como antes. "Esto ahora es puro interés. Se perdió el amor. ¿Usted se recuerda que todas nos enamorábamos? Ahora todo es dinero, profesor".

Un gato gris y blanco pasó entre las piernas de Gerbasio persiguiendo una pequeña rata asustada. "Hasta ratas tenemos", dijo desolado.

Se alejó sin decirme nada de Blanca. Momentos después regresó trayéndome un vaso repleto de Whisky. "Del mismo que siempre bebí", me dijo, y se perdió entre los árboles de mango dejándome, de nuevo, en medio del silencio.

Me senté en una parte del muro que rodeaba al patio y miré las estrellas que, esa noche, brillaban como en los días de la creación. Un par de manos regordetas se posaron sobre mis ojos y una voz grave preguntó... ¿A qué no me conoces?

Eras tu, Blanca. Tus manos tenían la misma tersura de siempre y el mismo olor a Jean Marie Farina. Todas mis vértebras se movieron como un cascabel cuando sentí aquel beso cálido sobre la nuca. Me volteé y nos besamos profundo, mezclando nuestras lenguas y nuestras salivas como si fuéramos los primeros enamorados y en el primer día.

Cuando te lo permití dijiste que sabías que yo vendría. Te lo habían dicho las cartas y el tabaco de Josefina, tu anciana madre a quien tenías guardada en un cuarto para que nadie la viera.

"Sabía que vendrías, Boris, lo sabía. Tenías que venir para abandonarme para siempre. Pero la vida es así...".

Traté de cubrirte la boca con una de mis manos pero no me dejaste. "Anoche vinieron unos marineros, unos hombres de la isla, amigos de siempre y me hablaron de ti. Te habían visto con un camisón blanco deambulando sobre las aguas del mar. Estabas sola. Estabas como por hacer algo que no debías. Ellos trataron de ayudarte, y entonces, les dijiste que querías verme".

Blanca y yo nos besamos de nuevo. Gerbasio trajo una viejísima botella de champán. La debimos haber bebido hace mu-

chos años, Boris, cuando te fuiste sin despedirte. Y nunca pude decirte que estaba enamorada de ti, que eras el propio macho, el tipo que podía hacerme feliz. No podía imaginarlo Blanca, siempre estabas con otros. Para disimular. Las putas siempre creemos que no tenemos derecho al amor.

La novia me contó luego, en medio de la luna de miel, que la noche antes de la boda había dormido inquieta y había soñado que me perdía en medio de una lluvia fresca llena de pájaros amarillos y acompañada de una música extraña.

"Ya sé que te casas. Sé que viniste a eso. Me lo dijo el padre Millán, mi confesor. El sabe que lloré como si no hubiese pasado un día desde que te conocí". Y tus ojos brillaron, Blanca Quintana, como los ojos de perra recién parida. Me tomaste de la mano, le hiciste una seña a Gerbasio, una seña que estoy seguro habían ensayado en secreto, entre ustedes dos nada más y me llevaste, junto al ruido de un vientecillo escapado del presidio. Y ya frente a la puerta la entreabriste y me mostraste a Josefina, un ícono de huesos frágiles y poco pellejo que dormía sobre una mecedora que chirriaba a manera de arrullo. "Siempre duerme", dijiste suavemente. "Hay momentos cuando te acuerda y habla. Dice que ése era y lo dejé ir"... Cerraste de nuevo y me llevaste a tu cuarto ¡Qué viejo todo, Blanca! Nada había cambiado pero algunos objetos habían desaparecido. Ahora, en vez de aguamanil con ponchera de peltre floreada y jarra de esa amplia había un bidet al lado de una regadera y una poceta blanquísima. Pensé que se habían terminado las duchas con la manguera en el patio común. Y te sentaste al borde de la misma cama que siempre olió a albahaca y a jazmín y te fuiste desnudando como si supieras que había venido a eso. Sonreías mientras la música del burdel se colaba por las rendijas. Era el deshabillé de la lujuria moribunda. Tus inmensas carnes fueron saliendo. Tu pantaleta mínima negra y el sostén con ballenas capaz de sostener las tetas estaban allí. Y te sentí como años antes. Cambiaste la luz por la llama de una vela en un rincón. Y me fuiste desnudando con la seguridad que da el saber que no volverá a pasar. Te pusiste de espalda a mí, acercaste tus nalgas a mi rostro y sin

mirarme me dijiste, "será tu regalo de matrimonio". Siempre lo quisiste y fui tan tonta que te lo negué. Es el regalo de una virgen". Concluiste.

Te besé a la altura del ombligo luego de darte vuelta y dije que te amaba. "Yo se que no es verdad", respondiste, "pero ¿qué más puedo hacer?. No tengo para comprarte un regalo y además tampoco puedes invitarme a tu matrimonio. Soy la puta más célebre de El Delirio".

Y el delirio fue hacerlo, Blanca. Entrar en ese insoldable mundo de tu cuerpo y sin mirarnos a la cara. Luego esa paz como la de haber dejado colocada el alma en un rincón lleno de flores.

El amanecer fue como todos los amaneceres contigo, Blanca Quintana. Silencioso. Podía escucharse el más leve gorjeo. Me levanté suavemente, me limpié los dientes con ese cepillo que delicadamente habías dejado sobre el lavamanos y luego te miré dormir. Tu sueño seguía siendo leve como el de los niños. Sentí una maravillosa ternura. Había sido hermoso como el pensamiento de hacer el amor con la maestra de nuestra primera adolescencia. Eras el amor y la dignidad de la carne. Tu cuerpo reposaba como si tuvieras la intención de no volverlo a hacer. Me vestí y salí sin que ningún ruido pudiera interrumpir tu descanso. En verdad era la última vez, Blanca Quintana.

Ya afuera miré la fachada de El Inmaculado. Allí quedaba buena parte de mi vida. Quedaban mis historias sentidas, las sonrisas de tus muchachas y sus llantos de enamoradas y abandonadas. Sentí que algo grave me estaba sucediendo. Di la espalda a la casa y comencé a caminar. Detrás de mí la voz de Gerbasio me despidió. "Ahora si se va para siempre, profesor. Que Dios lo lleve". Me volteé y ví su figura en dormilona y su rostro lleno de lágrimas. Quise devolverme pero él se escondió después de decirme... "Ahora si se acabó El Inmaculado".

Pasó el día en medio de los toques finales. La novia linda y deliciosa y la familia con el alto orgullo de que la cuadra la viera salir blanca y radiante. Y llegó la noche y no miré a los ojos al padre Millán, quien luego me dio las gracias. Y se rompió la

campana y cayó el arroz sobre nuestras cabezas. ¡Que sean felices!. ¡Que sean felices!. Alguna noble anciana dijo a la novia: "matrimonio y mortaja del cielo bajan". El padre Millán me dijo que no creía nada, especialmente después del séptimo trago. Lo abracé y le dije que yo tampoco, pero que así era.

Y la música y el baile y el pasar de las horas. ¡Que se besen, que se besen! Y allá en la sala estaban las rejas de las ventanas y la gente que no había sido invitada miraba con envidia el festín pueblerino. Los gallos del padre de la novia cantaban en medio del alboroto de la noche calurosa. El padre Millán, ya bastante borracho, me dijo: "huelas a pecado". Sonreí. Me paré y fui a ver a los bailarines. Me sentía alegre y todos me saludaban y me deseaban felicidad eterna. ¿Y tú qué estarás haciendo en esta hora, Blanca Quintana?... ¿Debajo de qué cuerpo estará el tuyo?...

Moviéndome entre las parejas logré acercarme a una de las ventanas y allí estabas, detrás de los barrotes, Blanca Quintana. Tú, dulce pájaro de los bosques. Tú, canción nocturna. Tú, el único viento fresco en El Delirio. Allí estabas y me sonreíste. La novia se mezcló entre las parejas. Me tomó del brazo y me llevó lejos. Y allí quedó tu rostro sonreído, Blanca Quintana.